



TRANS 24 (2020)
RESEÑAS / REVIEWS

Francisco Parralejo Masa. *El músico como intelectual. Adolfo Salazar y la creación del discurso de la vanguardia musical española (1914-1936)*. Madrid: Sociedad Española de Musicología, 2019. 484 pp. ISBN: 978-84-86878-86-3

Reseña de Elena Torres Clemente (Universidad Complutense de Madrid)

El volumen que reseño estudia las claves del pensamiento estético de Adolfo Salazar, figura clave de la Edad de Plata, quien desde su puesto de crítico musical obtuvo una autoridad intelectual indiscutible, hasta el punto de ejercer como catalizador y divulgador de los principales debates en torno a la vanguardia musical en España. Ganador del Premio de Musicología “Lothar Siemens 2017” de la Sociedad Española de Musicología, el libro de Parralejo Masa presenta, a mi juicio, dos grandes virtudes que lo hacen merecedor del galardón, a las que me referiré a continuación: la oportunidad y la profundidad de la investigación.

En lo que respecta a la oportunidad del estudio, he de señalar que este libro nos llega como agua de mayo en un contexto historiográfico muy delicado. Y es que, como señala el profesor Parralejo en el Preámbulo a su libro, durante décadas –casi un siglo–, hemos leído y contado la historia de la música española del período a partir de los juicios e incluso las filias y las fobias de Adolfo Salazar. Como apunta acertadamente el autor, las *opiniones* del crítico madrileño han pasado por *constataciones* históricas irrefutables (p. 18). Ahora bien, el problema es que Salazar no fue un historiador movido por el afán de objetividad, sino un crítico subjetivo, que escribió siempre con la aspiración de imponer el programa estético en el que creía, identificado con un modelo concreto de vanguardia musical. Él puso claras las cartas sobre la mesa cuando, por ejemplo, afirmó en febrero de 1920 en el diario *El Sol*: “Si un crítico no se consagra al permanente laudo y no quema sus tripas en holocausto a su divinidad, ¿para qué sirve?”¹. Pero su nivel intelectual, sus dotes oratorias y, en definitiva, su poder de convicción han sido tales, que durante más de ochenta años todos los especialistas en el período –y entono humildemente el *mea culpa*– quedamos embelesados ante su discurso, cual si se tratase de una encarnación de Sheherezade que, al envolvernos en una maraña de fantasía, nos hiciera confundir *su* ficción con la realidad.

¹ Adolfo Salazar: “Crónicas musicales. Orquesta Filarmónica. Pérez Casas y la fantasía. Edward Elgar. Los perjuicios del elogio. ‘El Tricornio’”, *El Sol*, Madrid, 1-II-1920. Consultado en el Archivo Manuel de Falla, sign.: P 6410/3.

Ciertamente, en la primera década del siglo xxi comenzaron a surgir algunas dudas y voces disidentes en torno a este relato. Recuerdo asistir al congreso celebrado en Valladolid, en 2007², y escuchar allí el primer ajuste de cuentas por parte del profesor Suárez-Pajares, quien reconoció lisa y llanamente que Salazar se equivocaba y era tendencioso al valorar a Joaquín Rodrigo, ante el estupor de todo el auditorio. Al año siguiente, en 2008, se celebró en la Residencia de Estudiantes otro congreso dedicado a “Música y cultura en la Edad de Plata. En el cincuentenario de Adolfo Salazar”, durante el que esta problemática se presentó de manera acuciante³. Como resultado de este encuentro, surgieron los textos fundacionales de Consuelo Carredano, Carlos Villar, y Suárez-Pajares, que nos mostraban por primera vez las luces y sombras de un personaje fascinante.

A partir de ahí hubo un cataclismo en términos historiográficos. Fuimos conscientes de que toda la historia de la música española de primera mitad del siglo xx estaba mal; sencillamente, la habíamos construido sobre cimientos falsos. Vivimos entonces un momento muy estimulador, aunque problemático, en el que teníamos la disciplina patas arriba y había que volver a construirla. En lo que respecta a Salazar, como era esperable, se produjo un efecto *boomerang*: el crítico pasó de ser el guía a convertirse en el culpable de todos nuestros males, el chivo expiatorio o, si se quiere, ese padre al que era preciso matar. Inmersos en esta inercia, durante la última década la labor del crítico se ha blandido hasta la saciedad para argumentar el olvido de tal músico, la minusvaloración de aquel otro, o la exaltación excesiva de un tercero. Y seguimos pidiéndole cuentas, como si él, que era un crítico musical –brillantísimo, pero uno más–, tuviera que haberlo abarcado todo desde la más absoluta de las asepsias. En medio de este contexto, por fin, el libro de Parralejo Masa viene a poner orden y a ofrecernos ese edificio sólido, ese análisis científico sobre el pensamiento del crítico que tanto necesitábamos.

Pero, ¿qué podemos encontrar en el libro de Parralejo? Obtenemos, de un lado, un retrato muy claro de quiénes fueron los referentes intelectuales de Salazar, con el brillante análisis del pensamiento de Ortega y Gasset, cuyo ideario caló hondo en el crítico y en la concepción internacional del arte moderno. Adquirimos, también, una completa hoja de ruta para navegar por el complejo mundo de la crítica periodística en la Edad de Plata, atendiendo a la orientación política y a los intereses particulares de la prensa diaria –con comentarios tan agudos como el que dedica a la labor de Juan José Mantecón en *La Voz* durante los años treinta, definida como una crítica cada vez más “distante, plana y desganada” (p. 45) –. Y sobre todo, claro está, localizamos un examen en profundidad del programa estético de Adolfo Salazar, muchas veces insinuado y/o abocetado, pero nunca expuesto de manera integral y sintética, tal y como se realiza en este volumen. Conceptos como los de anti-academicismo, anti-romanticismo, vanguardia y neoclasicismo son definidos desde la óptica del crítico madrileño, para construir finalmente el concepto de identidad nacional abanderado por él mismo. Una vez puestas en evidencia las bases sobre las que construyó su edificio teórico, queda claro que su ideario solo fue una de opciones posibles, y que su pensamiento debe ser contemplado como fuente primaria, pero no como una referencia incuestionable para la narración de la historia. El *affaire* Salazar, pues, queda zanjado.

A menudo se afirma que los investigadores tienden a mimetizarse con su objeto de estudio, y así parece haber sido en el caso del doctor Parralejo, cuya erudición, agudeza en el análisis y conocimiento del contexto cultural del momento escapan con mucho a la media. En esta línea, el libro que reseño está lleno de alusiones a la literatura, a las artes plásticas, a la filosofía y a la

² Congreso “Joaquín Rodrigo y la creación musical en los años veinte y treinta”, celebrado en Valladolid durante los días 25 y 26 de octubre de 2007.

³ Seminario Internacional Complutense “Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939. En el cincuentenario de Adolfo Salazar”, celebrado en Madrid durante los días 17 a 19 de abril de 2008.

intelectualidad de la época, y por él desfilan con plena naturalidad revistas como *Cruz y Raya* o la *Revista de Occidente*, y autores tan variopintos como Pablo Picasso, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Durán, Vázquez Díaz, Moreno Villa, y un largo etcétera. Esto supone examinar la música desde una mirada humanística, como parte integrante del panorama artístico-cultural, una óptica no siempre cultivada, que otorga a este volumen un valor añadido.

Otra de las claves del éxito de Adolfo Salazar fue su visión internacional. Sabemos que al menos leía en francés, inglés e italiano, y probablemente también en alemán, lo que le permitió ejercer de correa de transmisión de las últimas novedades europeas, así como nutrirse de los discursos generados en el extranjero. Pues bien: en este libro afloran los múltiples diálogos –reales o metafóricos– que el crítico madrileño mantuvo con colegas como André Cœuroy (francés), Adolf Weissmann (alemán), o Michel Dimitri Calvocoressi (crítico y musicólogo de ascendencia griega, nacimiento francés y adopción inglesa), entre otros muchos⁴. Esto permite a su vez tender puentes hacia las realidades de otros países, y situar, por fin, a la música española plenamente integrada en el contexto europeo.

Cabe señalar, además, que la amplitud de miras de Parralejo lo conduce a intercalar digresiones que se vinculan con su objeto de estudio de manera tangencial, pero que ayudan a situar al personaje en su horizonte de expectativas; solo conociendo la vida musical circundante, alcanzaremos a entender las motivaciones y reacciones de Salazar, a menudo contradictorias o virulentas. Así, para comprender el enojoso desdén con que trató de deslegitimar las bases del sistema musical existente, el autor del libro dedica más de veinte páginas a analizar el establecimiento del canon en primeras décadas del siglo xx, la fosilización del repertorio y la consiguiente resistencia a la entrada de la música nueva (pp. 91-114). O para poner blanco sobre negro el pensamiento de Salazar, construye todo un capítulo –el 4– en el que analiza los discursos alternativos de otros críticos hegemónicos en la época, como Ángel María Castell, Víctor Ruiz Albéniz, Julio Gómez o José Subirá. Cual si de un juego de muñecas rusas se tratara, se abren aquí nuevos y apasionantes temas de estudio poco transitados por la musicología española, como son la apuesta por el eclecticismo, las diferentes visiones del nacionalismo musical, la larga sombra del antisemitismo en España, la utilidad retórica del nazismo, o la defensa de la música popular. Se trata, insistimos, de nuevos programas estéticos pertenecientes a otros críticos, pero que son puntualmente cotejados con el ideario de Salazar, a través del análisis de las excitantes querellas vividas en la época. Al fin y al cabo, los escritos publicados por nuestro protagonista remiten precisamente a estos otros, y han de entenderse como una respuesta a ellos, por lo que su análisis resulta a todas luces pertinente.

Frente a todas las virtudes ya señaladas del libro –que además está escrito con una prosa muy cuidada y amena–, solo me permitiré una mínima censura, localizada en el preámbulo de la obra. En los primeros párrafos, el autor, de manera excepcional, cae en el estereotipo, al afirmar que la Edad de Plata estuvo “[...] enclaustrada entre la atonía grisácea del siglo precedente y la negrura intelectual que se adueñaría del país en 1936” (p. 17). Por muy brillante que fuera el período estudiado, está sobradamente demostrado que la Guerra Civil no fue un páramo de silencios hablando en términos artísticos, y que el panorama creativo del franquismo fue también vibrante y luminoso, aunque las sombras políticas y sociales anidaran en él. Pero eso son ya otros debates,

⁴ También el doctor Parralejo hace gala en el libro de esos diálogos internacionales, concretamente con Jane F. Fulcher, con cuyo libro (*The Composer as Intellectual: Music and Ideology in France, 1914-1949*. Oxford: Oxford University Press, 2005) comparte planteamiento metodológico, e incluso similar título.

que no corresponden lidiar ni a Parralejo, ni mucho menos a Salazar. Vaya, pues, mi enhorabuena al autor del libro, y mi máxima recomendación para los lectores.

Cita recomendada

Torres Clemente, Elena. 2020. Reseña de Francisco Parralejo Masa. *El músico como intelectual. Adolfo Salazar y la creación del discurso de la vanguardia musical española (1914-1936)*. TRANS-Revista Transcultural de Música/Transcultural Music Review 24 [Consulta: dd/mm/aa]



Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 España de Creative Commons. Puede copiarla, distribuirla y comunicarla públicamente siempre que cite su autor y la revista que lo publica (TRANS-Revista Transcultural de Música), agregando la dirección URL y/o un enlace a este sitio: www.sibetrans.com/trans. No la utilice para fines comerciales y no haga con ella obra derivada. La licencia completa se puede consultar en http://creativecommons.org/choose/?lang=es_ES